

¡Cómo no quererte, Alba!



Iñaki Gonzalo Casal
Kitxu

¡CÓMO NO QUERERTE, ALBA!



PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA
Junio de 2010

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta
© DEL TEXTO: Iñaki Gonzalo Casal

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
Navaz y Vides 1-2
Apartado 78
31300 Tafalla NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN
Monti

IMPRESIÓN
Gráficas Lizarra S.L.
Carretera a Tafalla, km. 1
31132 Villatuerta - Navarra

ISBN
978-84-8136-588-7

DEPÓSITO LEGAL
NA. 1.594-10

txalaparta 

A Begoña García, Pakito Arriaran, Marta González,
Ambrosio Mogorrón, Francisco Irañeta, *Pantxito*;
Ignacio Ellacuría y Juan Ramón Moreno, muertos
por defender la causa de la libertad.

Dedicado al pueblo salvadoreño, ahora que el FMLN
ha coronado con éxito tres décadas de dignidad y
coherencia revolucionaria.

Agradecimientos

A Garbiñe, Xabier y Gema, Mentxu, Arantxa, Guillermo y Josefina, Rebecca, Nahi, Marijose y Karmele.

PRÓLOGO

CUANDO ME PROPUSIERON ESCRIBIR LA HISTORIA DE Begoña García Arandigoyen, *Alba*, pensé que no podría. Durante varias semanas tuve su foto en una de las repisas de piedra de mi chabola, en la prisión de Dueñas. La miraba y, de vez en cuando, releía las palabras que grabó a sus padres poco antes de incorporarse a la guerrilla en El Salvador.

Fue, sin embargo, una frase, la que aparecía en la contraportada del recordatorio, la que me llevó a aceptar el encargo: *queremos que alguien te releve*, le decían sus padres y su hermana.

¿Se puede ser más generoso? ¿Se puede pedir más a unos padres y a una hermana que acababan de perder a su ser querido en unas circunstancias tan dramáticas? *Queremos que alguien te releve...* cinco palabras, tan sólo cinco palabras que me dieron el empujón que necesitaba para rendir mi humilde homenaje a Begoña García, Alba, la médica vasca que lo dejó todo, su casa, su familia, sus amigos... para colaborar, primero en un hospital salvadoreño en Nicaragua y después en Santa Ana, en uno de los frentes del FMLN en El Salvador.

Y tras la decisión, llegaron las dudas: ¿Cómo escribir sobre alguien que no había conocido? ¿Cómo contar pasajes de su estancia en Nicaragua y en El Salvador sin disponer de toda la información? ¿Cómo bucear en sus sentimientos, en sus miedos, en sus anhelos más profundos?

La solución la encontré en las propias palabras de Begoña: *Para lo que sea necesario aquí estoy...* eso les decía a sus padres en su mensaje de despedida. ¿Se puede ser más generoso?

Mi principal preocupación fue saber si sería capaz de aprisionar en un relato el espíritu huidizo de Begoña. El reto era enorme, sobre todo porque cuando muere una persona joven de forma tan dramática sus familiares y amigos, la gente que le ha querido, tiende a recordar momentos muy concretos de su vida, quizá los más emotivos, y sus relatos pueden acabar difuminando la estrecha línea que separa a la persona del personaje. Entonces... ¿qué hacer para atrapar la esencia de su espíritu? ¿Cómo proyectar en el lector la imagen real de Begoña García, de Alba, la persona?

El reto, era enorme y las dificultades evidentes. Por un lado, estoy preso y eso me ha impedido tener acceso a las fuentes documentales directas que me hubieran facilitado el trabajo. Tampoco conocí a Begoña. Otro problema, no insalvable porque a las personas también las conocemos a través del tiempo por su obra, o por sus actos y, en el caso de Alba, por el ejemplo de su vida y en especial, por las decisiones que fue tomando cuando tenía todo el futuro por delante.

Tampoco pude realizar entrevistas personales a sus padres, a su hermana, a quienes la conocieron en su Gares natal, en Nicaragua y en El Salvador. Quizá éste haya sido el mayor de los inconvenientes aunque varios de los testimonios que he recibido por escrito (algunos de los cuales

incluyo en el capítulo de *Anexos*) me han servido para intuir cómo veían y sentían a Begoña los que más la quisieron.

Este libro no es una biografía al uso . Es... ¿cómo definirlo? ¿una biografía novelada? ¿una novela biográfica? Es, en todo caso, *la historia que hubiera podido ser*, la historia, a veces imaginada, a veces real, de una gran mujer, de una revolucionaria *cabal*, de una joven vasca, Begoña García Arandigoyen, Alba, que murió a miles de kilómetros de su casa, en una guerra contra la injusticia que hizo suya.

Vaya con este testimonio mi homenaje más sentido al pueblo de Puente la Reina-Gares con sus concejales y alcalde al frente en aquellos días, a sus padres, Guillermo y Josefina, a su hermana Mentxu, a Peio y a todos sus amigos y compañeros de lucha en el cantón La Montañita. Y vaya mi recuerdo emocionado para Alba, la verdadera protagonista de este libro.

UNO

VIVIMOS PARA LUCHAR,
LUCHAMOS PARA VENCER

EL AVIÓN EN EL QUE VIAJABA Begoña García Arandigoyen aquel 20 de febrero de 1990 no movía las alas de arriba abajo ni estiraba el morro como había imaginado que hacían los aviones cuando era niña y jugaba con su hermana Mentxu en la granja de conejos de su padre. Parecía un gran pájaro metálico, eso sí, un águila crestada negra de las que tanto había oído hablar a las sanitarias del hospital de Somoto. Pero el avión que aquella mañana de febrero alejaba a Begoña de su pasado no tenía plumas ni volaba en círculo sobre el pueblo guanaco.

No había pegado ojo en toda la noche. Estaba convencida del paso que estaba a punto de dar, sin embargo, las mismas dudas que le asaltaron cuando tomó la decisión de partir hacia Nicaragua dos años atrás le acompañaban ahora, a unas horas de llegar a su nuevo destino.

Pegó la cara a la ventanilla del avión y, a lo lejos, divisó las hileras uniformes de tejados, que formaban una especie de media luna a las afueras de Managua. Cerró los ojos y recordó su encuentro justo un año antes con Reinaldo en una de las salitas de espera de la clínica.

Reinaldo Sánchez, *Choco*, era un joven guerrillero salvadoreño que, como muchos de sus compatriotas, se había visto obligado a exiliarse en Nicaragua tras una de las más duras ofensivas que el ejército había desplegado al sur del departamento de Morazán. La comandancia del FMLN le destinó entonces a Managua para que se hiciera cargo de labores de propaganda del ERP, el Ejército Revolucionario del Pueblo.

La mañana del 28 de febrero de 1989, Choco se presentó en la clínica con la intención de realizar su habitual chequeo médico. Se sentó en una de las sillitas verdes que ocupaban uno de los laterales de la sala de espera y fue entonces cuando la vio. Begoña hablaba con una enfermera junto a una mesa donde se recibía a los enfermos.

Lo primero que le llamó la atención fue su acento ¿español, quizá?, su pelo rubio y su sonrisa. Algo vio en la joven médica que le cautivó desde el primer momento.

—¿Reinaldo Sánchez?

Era Begoña, que se había acercado y consultaba las notas de su cuaderno.

El guerrillero se levantó y con una sonrisa confirmó su identidad.

—Sígueme que ahora mismo te atiende el doctor.

Alba

...tu futuro comenzó a escribirse mucho antes de que tu bisabuela fuera a parar con sus huesos a una de las cárceles de Franco. «Sólo sabes parir rojos» le dijeron antes de encerrarla junto con otras diez mujeres en un calabozo sin ventana. Y era verdad. Tu bisabuela vio desfilar a casi todos sus hijos por las mismas prisiones en las que el tirano había encerrado a los defensores de la República, a los hombres y mujeres que habían combatido el fascismo en los frentes del Ebro, en Madrid, en las calles de Barcelona, en Valencia, en el cinturón de hierro de Bilbao... Muchos sólo salieron de los calabozos para gritar «¡Viva la libertad!» antes de ser fusilados en los muros de los cementerios o tiroteados en las cunetas; otros vieron consumir sus vidas entre las paredes de los presidios... como una de tus bisabuelas, como sus hijos, como tu abuela, la madre de Guillermo, tu padre; como su marido, tu abuelo Nicolás, un combatiente republicano que conoció los campos de exterminio nazis... ¿Qué no contarían las alambradas y las piedras del campo vasco de refugiados de Gurs si pudieran hablar? Hablarían de Nicolás García Alonso, un hombre valiente que compartió sueños con otros hombres igual de valientes, sueños de libertad, de una

pronta restitución del orden republicano en España. También dibujarían el mapa de sus recuerdos, de la nostalgia por los seres queridos, que quedaron envueltos en la espesa niebla de un país sin futuro... Sus gritos aún se pueden escuchar setenta años después... ¿los oyes? Son gritos de rabia, de impotencia y, aún hoy, los sentimos quienes creemos que la libertad sigue siendo sólo un sueño en nuestro país...

... pero la semilla de la rebeldía, como te digo, nació mucho antes de que tu bisabuela y sus hijos, y tus abuelos, decidieran tomar partido por la justicia. En ellos germinó, con fuerza, vigorosa, y pasó de generación en generación y se instaló en tu tía abuela, en Consuelo Oloron Osés, *La Roja*... ¡Cómo la admirabas! Ella fue tu ejemplo, esa llamita a la que te agarrabas cuando las fuerzas flaqueaban... Ahora descansas a su lado, corazón con corazón, en el panteón familiar de Gares...

...Begoña, el destino es caprichoso, a veces cruel, siempre impredecible, aunque en tu caso el destino supo estar a la altura y marcó en rojo una fecha en el calendario, el 10 de septiembre, el día en que nacieron Consuelo y su abuelo Nicolás; el mismo día en que te asesinaron muchos años después en un cafetal de Santa Ana, a miles de kilómetros de donde naciste...

...son fechas que han marcado tu destino, nombres que perfilan las vidas de las personas que más te quisieron, como las de Guillermo y Josefina, tus padres... ¡Qué orgullosa hubieras estado de ellos! Tenías que haberles visto, de pie, frente al viento helado...

DOS

¿QUÉ, DAMOS VUELO A LA HILACHA?

EL AVIÓN SEGUÍA SU VUELO, MANSO.

Begoña recordaba aquel primer encuentro con una mezcla de nostalgia y de ilusión por todo lo que les quedaba por compartir. Le impactó su mirada. Esos grandes ojos color almendra que atravesaron los suyos y despertaron emociones hasta entonces desconocidas.

Reinaldo la siguió hasta una de las salas de consulta situada en la primera planta de la clínica. Junto a la única ventana de la estancia había una camilla cubierta por una sábana blanca y, en el otro extremo, un par de sillas patojas, un *abanico* y un *closet* de madera pintado de verde con las puertas abiertas; en su interior diverso material quirúrgico y botes de todos los tamaños con sus respectivos cartelitos de cartón donde se detallaban los nombres de los medicamentos

Begoña le indicó que se quitara la camisa y se sentara en la camilla mientras llegaba el doctor.

—¿A que adivino de dónde sos? —le dijo el guerrillero mientras se descalzaba y se sentaba en la camilla.

—¡Inténtalo!

—Por el acento diría que vos sos española...

—Te equivocaste... soy vasca.

No era la primera vez que Begoña tenía que aclarar su origen vasco. El mismo día en que aterrizó en Managua se las tuvo que ver con el funcionario que le atendió en el mostrador de una de las terminales del aeropuerto «Soy vasca», le repitió, mientras el chavalo de aduanas le miraba divertido y señalaba el pasaporte que le acababa de entregar.

En aquella ocasión, sin embargo, Begoña no tomó a mal la observación de Reinaldo. Deseaba que el doctor se demorara y tener así más tiempo para charlar con aquel joven que no dejaba de sonreírle.

—Hágale pues... contáme de dónde venís y yo le hago un presente.

—Primero el presente y después la historia —le contestó Begoña.

Reinaldo se acercó al macuto que había dejado encima de la camilla y sacó un dulce envuelto en papel de estraza.

—Te lo doy si adivinás lo que es.

—No me gustan las adivinanzas.

—Nomás probá...

—¿Un ramo de tostones?

—Frío, frío...

—¿Machilada?

—A puntito de congelarte.

—¡Ya sé!, un queique recién hecho.

—Casi...

—Entonces... déjame pensar... si no es un bizcocho pero es algo parecido...

—¿Te rendís?

—Me rindo.

Cuando Reinaldo desenvolvió el paquetito y le mostró su contenido Begoña apenas pudo dar crédito a lo que veía. ¡Era una tableta de turrón!

—¡Turrón de Alicante!... eso sí que no me lo esperaba.
¿Dónde lo conseguiste?

—Aunque me macanees no te lo diré..

—¿Sabes? Mis padres vivieron algún tiempo en Benidorm, en Alicante y en Navidades mi hermana y yo nos hin-
chábamos de turrón.

En ese momento entró el doctor, un viejecito de pelo blanco y gafas de montura redonda.

—Veo que ya se conocen –les dijo mientras consultaba las cuartillas que llevaba en uno de los bolsillos de la bata.

Begoña cogió la tableta de turrón y en agradecimiento le ofreció su mejor sonrisa. Se miraron a los ojos Profundo.

—Despuesito platicamos –le dijo Reinaldo antes de que Begoña cerrara la puerta de la consulta.

—¡Se quedan!

El avión volaba entre nubes que apenas dejaban huella en un cielo sin horizonte. Begoña seguía con los ojos cerrados. Los recuerdos de aquel primer encuentro seguían cosquilleando en su joven corazón enamorado.

Alba

...han pasado ya ochenta años desde que tu padre naciera en Santutxu, en un país que se dejaba envolver por nuevos aires de libertad. Fue, sin embargo, un sueño breve porque, siendo aún un niño, llegó un general adusto y mandó deshacer el camino recién estrenado. La guerra y los años que la siguieron marcaron su infancia pero tú sabes que un niño siempre acaba encontrando chapas de colores aunque sea entre los escombros de una ciudad barrida por el miedo...

...el miedo... no sé si en alguna ocasión hablaste con tu padre de su decisión de negarse a cumplir el servicio militar. Tuvo, sobre todo, alergia a los militares y valentía para decir que no a la mili, porque eran años de plomo y la dictadura castigaba con mano de hierro a los que mostraban signos de rebeldía. Y así fue en el caso de Guillermo. El Tribunal de la Sexta Región le condenó al destierro y Francia se convirtió durante dieciséis años en el mapa de su nueva vida. Primero estableció su residencia en Bretaña, junto a sus padres, a los que no veía desde hacía doce años. El encuentro debió ser emocionante, como apasionante fue la tarea de reconstruir un país, un continente devastado tras la Segunda Guerra mundial...

Tu padre pronto se puso a la tarea de unir los pedazos en los que se había convertido su vida: primero trabajó en un centro de Formación Profesional para adultos y, con el paso de los años, se convirtió en profesor en el mismo centro. Fueron años de mucho trabajo y de muchas noches sin dormir... años también de momentos bellos, de días alegres... hasta que una carta con un nuevo reclamo para hacer el servicio militar le volvió a dibujar las líneas del destino...

...porque hacer la mili en Francia en los años sesenta significaba marchar a combatir a Vietnam y después a Argelia. ¿Qué hacer? ¿Qué hubieras hecho tú? Tu padre fue una vez más coherente y renunció a su empleo, a su casa, al entorno de su familia y en 1964 regresó a su país...

...sí, Begoña, lo mismo que hiciste tú cuando decidiste dejar Gares y trabajar en un hospital salvadoreño en Nicaragua y cuando después tomaste la decisión más arriesgada y te pasaste al Frente, junto a los compas del ERP.

La coherencia que mueve al hombre justo hizo que tu padre eligiera un futuro incierto, pero en aquella ocasión el destino le tenía reservada la mejor de las suertes: a su regreso conoció a tu madre, a Josefina Arandigoyen, una puentesina diez años más joven que él.

Tu padre, como sabes, nunca dejó de colaborar con *Euzkadi Roja*, el órgano del Partido Comunista de Euskadi, tanto en sus años de exilio como en el interior. Y fue su militancia activa la que le llevó a tomar su tercera gran decisión, la de volver a dejarlo todo y marcharse con tu madre a Benidorm. Allí primero trabajó en una carpintería y después en la administración de fincas...

... y allí nació tu hermana Mentxu y llegaste al mundo tú, un 11 de marzo de 1966, a seiscientos kilómetros de tu patria.

TRES

AL QUE NO LLORA LO LLORAN

EN EL ASIENTO DE AL LADO una mujer robusta leía una revista de hojas amarillentas. Se llamaba Mérida y viajaba desde la localidad de San José de Bocay, en la comarca de Santa Rosa de Tapaskún, para visitar a su hermano en Santa Ana.

—¿Sabés? Mi hermano ahoritita que ha tenido un cipotón. Voy a conocerle y a saber cómo están las cosas en Santa Ana.

Begoña también se dirigía a Santa Ana.

En realidad fue Choco quien, con sus historias, le animó a dar el paso y enrolarse como sanitaria en el frente que el Ejército Revolucionario del Pueblo mantenía en las laderas del volcán de Santa Ana en El Salvador. Puede decirse que Choco le dio el empujón final pero no fue sólo la influencia del guerrillero la que le llevó a tomar la decisión.

Todos los días Begoña atendía en la colonia Quinta Margarita heridos graves que llegaban de los frentes de combate salvadoreños. En ocasiones las salas de cirugía se colapsaban y faltaban camas para alojar a tantos heridos. Oía sus relatos y atendía sus necesidades más básicas pero algo en

su interior se iba rebelando poco a poco, como una semillita que germina y no para de crecer.

Al caer la tarde del 28 de abril se dirigió en autobús a Somoto, al hospital financiado por el gobierno de Nafarroa donde había trabajado los primeros tres meses tras su llegada a Nicaragua. Allí le esperaba el director del centro, su amigo Miguel Pastor.

Mientras tomaban un *tiste* en la sala de enfermeras, Begoña le comentó sus inquietudes. Su amigo y mentor le escuchó en silencio y después le habló desde el corazón.

—Entiendo lo que sientes —le dijo— pero antes de dar el paso tienes que valorar los riesgos. Verás, en el frente te tendrás que enmontañar y aprender a librarte de los roquetes que echan los helicópteros del ejército. ¿Sabes lo que es una roqueta? ¿Y un *errepegé*? ¿Tienes idea de lo que supone guindear durante semanas atravesando territorio enemigo?

Con sus advertencias, Miguel intentaba que Begoña fuera consciente de los peligros que le esperaban si pasaba la frontera. Pero sus intentos fueron vanos porque Alba siguió madurando la idea y escuchando las historias que le contaba Reinaldo después de los chequeos médicos mensuales, cuando el guerrillero le invitaba a comer unos gallopintos con plátano frito en la fresquería de la cuadra Margarita.

Pasaron los meses hasta que, el 22 de noviembre, Choco le propuso una lección de anatomía en su departamento de la calle Carlos Fonseca. Como cada tarde, la invitó a comer en la fresquería de siempre y, antes de que la camarera les sirviera los gallopintos, le regaló una declaración en toda regla.

—Mirá, chinita, —le dijo mirándole a los ojos y tomándole una de sus manos por debajo de la mesa— si querés vos y yo nos acompañamos y pasamos el rato bien rico.

Ahí es donde Begoña se quiso morir. Y no porque la confesión le hubiera pillado por sorpresa o porque no tuviera clara la respuesta. Lo que le clavó en el suelo fue su ñoñe-

ría. Se quedó muda, como una tonta, ahí, sin saber qué decir. Choco aflojó la agarradera y esperó sin dejar de mirarla a los ojos.

—El único pelo en la sopa que yo veo —prosiguió— es que vos seás de hielo puro y entonces cada lora a su estaca.

No, Begoña no era de hielo puro. Miró al guerrillero y comprendió que tenía delante al hombre por el que había suspirado muchos años atrás cuando, en la sala de enfermeras del pabellón de urgencias del Hospital de Navarra, soñaba con el hombre que le sacudiera todos los sentidos y le hiciera una declaración de amor que le dejara sin palabras.

Choco le retiró la mano pero no la mirada.

—Eres un engreído si piensas que me voy a ennoviar contigo, así por las buenas —acertó por fin a decir—, eso te servirá con otras mujeres pero las vascas no somos tan fáciles de convencer y...

—¿Pero vos me querés? —le interrumpió volviéndole a tomar la mano por debajo de la mesa.

—Creo que sí.

Los frijoles no tenían buena pinta así que pidieron el licor y salieron de la fresquería cogidos de la mano. Begoña flotaba más que andaba junto al guerrillero. A la altura de la avenida de San Juan de Buena Vista se agarraron de la cintura y aligeraron el paso para que la noche no les sorprendiera sin haber pasado su primera lección de anatomía.

Llegaron al departamento que Reinaldo compartía con Eladio y Jacinto Buenaventura, dos chavos combatientes del ERP, con los que había coincidido en el campamento de Tequeque tras la primera gran ofensiva del FMLN en el 81. El piso apenas era un habitáculo de cuarenta metros cuadrados, con dos habitaciones separadas por una cortina, un *closet*, una fresquera con su evacuadero y un ventanuco que daba a un patio interior.

Reinaldo hizo los honores pero Begoña no estaba para inspecciones.

—¿Y tus compañeros de piso? —le preguntó ojeando el departamento y corriendo la cortina que separaba las habitaciones.

—Los mandé a un volado bien lejos...

—¿A un volado?

—A que me trajeran la pluma de Anastasio Aquino...

Rieron bajito, tímido. Allí plantados en mitad del piso sin atreverse a cruzar las miradas. Sin tocarse siquiera.

—Me preparaste una emboscada, como seguro que haces con todas las chicas que traes al departamento.

—Vení, acercáte —le dijo al oído mientras le llevaba de la mano a una de las hamacas—, tú eres la compi más linda que invito a conocer mi castillo.

Begoña le cortó la piropeada, le puso un dedo en los labios y substituyó la caricia por un beso que detuvo el tiempo.

El tiempo.

De cogerse.

De agarrarse con rabia sobre la hamaca de tirabuzones rojos y blancos. El tiempo de chinearse y enlazar los cuerpos en un nudo de piernas y brazos.

Se cogieron y se recogieron sin esperar que el tiempo les cuajara la noche, sin reparar en que Eladio y Jacinto Buenaventura, en algún momento, regresarían con la pluma del indio Anastasio Aquino.

Y tras amarse, y tras dejarse la piel sobre la hamaca de tirabuzones rojos y blancos, el guerrillero de Morazán la abrazó bien fuerte para que la unión fuera eterna.

—No te dejaré marchar nunca —le susurró mientras le acariciaba el vientre y seguía con la caricia hasta los pechos— y si la cosa se pone yuca te secuestro.

Begoña le escuchaba arrobada. Sus caricias le abrasaban la piel.

—¿Me prometés que nunca me vas a dejar por otro diavo?
Las palabras de Choco llegaban ahora apremiantes.
—Te lo prometo.

Le dolían los recuerdos ahora que el destino le separaba del hombre que le había robado el corazón. En el asiento de al lado Mérida dormitaba y soñaba quizá con el bidio que pronto cogería en brazos y llevaría al parque y arroparía en la cuna, intentando sacarle parecidos con su hijo o con su marido, el gordo Filemón.

Recogió la revista que, minutos antes, leía su vecina y, ajena a la escandalera que un grupo de niños tenía montada al fondo del pasillo del avión, volvió sobre los recuerdos de su primera cita formal en el apartamento de Reinaldo.

Cuando aquella noche llegó al caserío que compartía con otras sanitarias de la clínica, Begoña se tiró sobre la cama y se tapó la cabeza con la almohada para que no la oyeran gritar. Porque eso es lo que quería, gritar, gritar bien alto y compartir con el mundo su felicidad. Estaba enamorada, era feliz y quería que todos lo supieran.

Tras aquel encuentro vinieron otros muchos: en el mismo departamento, en el caserío, en la sala de consultas donde Choco realizaba sus chequeos médicos e incluso, en una ocasión, en el parque, entre dos bancos, al cobijo de una palmera gigante.

Begoña recordaba aquellos meses junto a Choco como un sueño y no necesitaba esforzarse mucho para volver a sentir sus manos recorriendo cada trocito de su cuerpo y aquellos besos que le quebraban y le dejaban sin respiración. Y esa mirada de fuego que le desnudaba el alma.

El primer día de diciembre de 1989 Begoña y Choco pasaron la mañana buzoneando propaganda del ERP en un dis-

trito del sur de Managua y por la tarde se acercaron en microbús al parque Augusto Sandino, en el centro de la ciudad. En uno de sus bancos de madera, a la sombra de un palo de Sicaquite, Begoña le habló de sus intenciones de entrar en El Salvador.

Llevaba meses dando vueltas a la idea. Todos los días llegaban a la clínica combatientes salvadoreños con los miembros destrozados, con graves heridas de guerra y, cuando hablaba con ellos, cuando oía sus historias de infancias rotas de compromiso revolucionario, Begoña intentaba dibujar los rostros de sus madres, de sus hermanos y hermanas caídos en combate y de los hijos que no habían llegado a conocer. Curaba sus heridas y les hablaba de su infancia, de su hermana Mentxu, de sus padres y de su tía abuela, Consuelo, *La Roja...*

La mayoría eran cipotes jóvenes, apenas unos niños que la miraban agradecidos. Y por las noches, cuando regresaba al caserío y se escondía bajo las mantas, lloraba por tantas vidas rotas y se preguntaba qué fuerza impulsaba a aquellos chicos a enfrentarse con la muerte en una batalla tan desigual.

De todo ello también habló una noche con Marta González, otra internacionalista vasca que trabajaba en su mismo hospital. Le confesó su decisión de pasar a El Salvador, de la necesidad de trabajar en el frente con los heridos. Marta la abrazó y le contó que ella también había decidido ir a San Salvador y ayudar en las zonas marginales de la capital.

La amistad entre Begoña y Marta fue creciendo con cada quicara de *fresco* en la sala de espera del hospital, con cada paseo por las calles de Managua... creció junto a la mesa de operaciones y en las largas noches de dormir poco y hablar hasta el amanecer. Compartieron sueños, decepciones y recuerdos. De su patria. De sus seres queridos. ¡Cuántas horas de quitarse la palabra entre mate y mate! ¡Cuántas

discusiones sobre el machismo, sobre la lucha que se libraba en Euskal Herria y sobre la que vivían más de cerca apenas a unos cientos de kilómetros, al otro lado de la frontera! ¡Cuántas risas y cuántas lágrimas! Begoña y Marta. Marta y Begoña. Dos almas para las que el destino ya había echado sus cartas.

Alba

...cuando pasaste la frontera Marta viajó a San Salvador. Allí se enteró de tu muerte y decidió que su nombre de guerra sería «Begoña». En realidad, fue tu marcha la que le dio el impulso que necesitaba para irse al monte con los compas. Tuvo mala suerte. El 24 de diciembre una patrulla del ejército atacó el campamento donde celebraban la Nochebuena y un mortero preciso acabó con su preciosa vida...

CUATRO

QUIEN QUIERE

HACE UN FLORERO DE SU CULO

DEJÓ DE MIRAR POR LA VENTANILLA del avión y volvió a cerrar los ojos.

Había llegado el momento de pensar en el futuro pero necesitaba recuperar los recuerdos de los meses que había pasado en Nicaragua. Deseaba incluir en su maleta de viaje cada momento vivido con Reinaldo y con los enfermos del hospital de Somoto y de la clínica Quinta Margarita.

Para regresar a Euskal Herria con la mochila llena de recuerdos.

Begoña trabajó duro los últimos meses de 1989. Siempre estaba dispuesta a colaborar allá donde le necesitaran. Entre semana participaba en las brigadas internacionalistas y en la colonia Quinta Margarita y los fines de semana se desplazaba hasta Somoto y trabajaba como voluntaria en el hospital de la localidad junto a Miguel Pastor. Nunca decía que no, ni buscaba excusas para librarse del trabajo.

Llegaron las Navidades y decidió gastarse el poco dinero que tenía en organizar una fiesta en la colonia para los heridos que llegaban de los frentes de guerra salvadoreños. En un par de días, y con la ayuda del resto de sanitarias de

su planta, decoró con guirnaldas y globos de colores la sala de recepción, los pasillos y cada una de las habitaciones de la clínica.

La mañana del 23 de diciembre se fue de compras al Mercado Oriental de Managua con las dos compañeras de su apartamento, Jeslia y Keyla. Tomaron el busito en la avenida de la Fe, en la plaza de la Revolución, y se pasaron el día gastando los pocos córdobas que tenían en regalos para los heridos.

Begoña estaba feliz porque después de tanto buscar por fin, había encontrado su lugar en el mundo.

Salieron del mercado y se fueron a comer al Rancito Viejo, un comedor muy popular en La Concha, a un paso de San Juan de la Concepción. A los postres, Alba compartió con Jeslia y Keyla su intención de pasar a El Salvador. También les habló de sus sentimientos por Reinaldo y de su deseo de ser madre y regresar a Euskal Herria con un hijo salvadoreño. De vuelta al hospital cruzaron la avenida de la Barricada cogidas de la mano cantando canciones revolucionarias y con sus bolsas repletas de regalos para los enfermos.

Llegó el 24 de diciembre y Begoña se pasó el día ultimando los preparativos de la fiesta. En la sala de la recepción prepararon dos mesas con platillos de arroz, frijoles, quesillo, tortillas con nata, yuca, plátanos verdes, fresco de pinol... y junto a un abetito engalanado con espumillones y bolas de colores colocaron los regalos con todos los nombres de los residentes del centro.

Por la noche, tras la cena, comenzaron los bailes y las canciones. Begoña recorrió todas las habitaciones para platicar con los enfermos más graves y para todos tuvo una palabra de ánimo y a todos regaló una sonrisa.

También recibió a los vecinos del barrio Panamá que quisieron sumarse a la fiesta pasada la medianoche. Fue

entonces cuando Begoña tuvo la ocasión de escuchar las historias de Raquel, de Dida, de Erika, de Demi... Historias de mujeres obligadas a cuidar solas de sus hijos, de mujeres embarazadas y maridos alcohólicos, de familias rotas por la guerra... como la historia que le contó Raquel A uxiliadora, una cipota del pueblo norteño de Estelí.

Raquel perdió a sus papás al poco de empezar la guerra y cuando ella y sus dos hermanos se quedaron huérfanos decidieron marcharse a San Juan, a la casa de su abuela. Los primeros años fueron muy duros; la abuela no tenía dinero y los tres niños se pasaban el día en la calle, vendiendo pañuelos de papel en los semáforos o limpiando las ventanillas de los carros. La abuela murió y a Raquel A uxiliadora no le quedó más remedio que separarse de sus hermanos y buscarse la vida por su cuenta. Se casó con dieciséis años y se fue a vivir a la casa de la mamá de su marido. Allí empezó su verdadero infierno, con su suegra que la encerraba en la cocina, con su marido que le daba palizas de muerte y al cargo de sus dos hijos. Finalmente decidió dejar a su pareja y, cuando llegó al hospital de Managua la noche de aquel 24 de diciembre, iban para dos años que Raquel y sus dos bichos vivían en la calle. Le pidió a Begoña un plástico para tejar su casa de cartones y se fue.

El triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua había devuelto la dignidad a los pobres, a los obreros y campesinos, pero el gobierno debía hacer frente a una situación compleja; por una parte, el país había vivido durante decenios bajo gobiernos corruptos que perpetuaron una situación de desigualdades crónicas; y por otra, los gringos, apoyados en la zona por los gobiernos títeres de Honduras y El Salvador, hostigaban sin tregua al gobierno sandinista sirviéndose de los *contras* y de militares formados en la Escuela de las Américas.

La fiesta se prolongó hasta bien entrada la madrugada. Antes de irse a su apartamento Begoña atendió a Ramón,

un niño que vivía en el mercado de Masaya. Lo trajeron de urgencias con la cara roja y problemas para respirar. Le aplicó un *nebulizador* y se quedó a su lado hasta que se durmió.

Como Ramón, muchos niños llegaban a los hospitales con afecciones respiratorias graves a causa del polvo que desprendía el volcán de Masaya, el Santiago. Begoña lo sabía y había realizado múltiples gestiones con las autoridades para proteger del polvo volcánico a los niños que vivían en las calles, pero Nicaragua, en ese décimo aniversario del triunfo de la revolución, era un país con todos sus frentes abiertos.

Pasaron las Navidades y en la tarde del segundo día de enero se citó con Reinaldo en el parque de Sandino. Sentados en un banco junto al estanque, Begoña le confirmó su decisión de entrar en Santa Ana.

—Ya lo tengo decidido. No puedo permanecer ajena a tanto dolor y mi sitio está en el frente, allí donde más me necesitan.

El Choco le cogió las manos y se las besó. Él, mejor que nadie, conocía los peligros de su decisión, las dificultades que, por fuerza, iba a encontrarse en el camino. Así se lo hizo saber. Le habló del momento de la guerra, de la situación de los frentes guerrilleros y de las brutales ofensivas del ejército salvadoreño. Y le habló de su experiencia, de sus años de combatiente, de los amigos del alma que habían quedado en el camino.

—Te voy a contar la historia de Danilo, un cipote de Santa Rosa de Lima. Nos conocimos en un piso de seguridad de Nueva Concepción. El ERP me había encargado contactar con los compañeros Mérida y Donoro y participar en un operativo contra el cuartel de la localidad. Una noche se presentó Danilo, un chavalito de dieciséis años, con un macuto al hombro y su visera del revés. Nos contó que, dos semanas antes, había partido de la capital de Chalatenango para contactar en Metapán con un responsable de la comandancia

al que seguía la pista desde hacía varios años. Al llegar al campamento pudo comprobar que alguien se dilató y que los velachos colgaban de los árboles hedhos jirones. No perdió el tiempo así que echó a correr y, siguiendo el curso del río Lempa, llegó hasta un campo de zacatales donde se escondió y, ya de noche, reemprendió el camino hasta llegar a Nueva Concepción. ¿Sabés lo que más me impresionó del cipote? Su mirada. Era apenas un bicho pero sus ojos parecían doloridos. Mérida le sirvió unas tortillas que apenas probó y ya de madrugada nos acostamos en la misma hama-ca. Entonces le pregunté por su endibolada y me contó que a sus papás recién los mataron los cuilios de Santa Rosa en una cuneta, junto al cuartel de la Calavera. Me habló de su papá, *El Bajado* lo llamaban, y de su mamá y de la carta que le mandó su tía Candela y que recibió en el hospital de la capital del departamento de Chalatenango donde trabajaba de ayudante de un tal doctor Anzizar. Me dijo que el día en que salió de Santa Rosa había cumplido diez años y que desde entonces no había vuelto a ver a sus papás; que sus recuerdos eran los de un bicho y que ya no volvería nunca más a trabajar con su papá en los maizales ni a botar las migas a los chanchos junto a su mamá en el gallinero. Cuando acabó de hablar no supe qué decirle ¿lo creés? Me quedé como un chingaquedito, así como quien dice... Pasaron los minutos o las horas, no sé ya. Lo que sí recuerdo es que el habitáculo comenzó a iluminarse y que Danilo lloraba a mi lado muy silenciosa la lloradera, como para no molestar. Entonces le abracé y le dije que no llorara, que sí, que había perdido a sus papás pero que ahora todos los guerrilleros todos los compas de los frentes éramos sus papás. Se dio la vuelta y me miró y, ¿sabés?, me sonrió y me dijo que tenía razón, que ahora también yo era su papá. Ponéte en mi lugar. Me agarró la lloradera a mí también y como pude, le dije lo que aprendí de un compañero que murió en mis brazos en un

desvergue en Morazán, que quien vive temiendo a la muerte, muere mil veces.

—¿Y qué fue de Danilo? —le preguntó Begoña.

—Le apresaron en el operativo del cuartel. Por Donoro sé que le sonaron el alma bien fuerte pero que no se dobló y salió vivo de los calabozos.

Alba

...el año en que naciste un viento huracanado de libertad recorría todo el mundo, desde el Caribe a Vietnam, desde Estados Unidos a Sudáfrica, pasando por la vieja Europa que despertaba de una pesadilla que había durado más de dos décadas. Un puñado de jóvenes barbudos habían bajado siete años antes de la Sierra Maestra cubana para demostrar al mundo que, si se quería, se podía y que un ideal era, efectivamente, un arma cargada de futuro...

...fueron años de conquistar cimas hasta entonces inexpugnables, de interminables campos sembrados de cadáveres, de jóvenes levantando el adoquinado de las calles al grito de «Prohibido prohibir», de sueños contra tanques, de libros contra muerte... Años, Begoña, en los que millones de voces en todo el mundo se alzaron contra el pragmatismo de lo imposible, contra el fatalismo de los que se esforzaban para que nada fuera posible, años de plomo derretido...

...los ecos de la utopía, sin embargo, llegaron atenuados hasta el lugar donde naciste. España seguía siendo en 1966 un gran campo de concentración y apenas se escuchaban a través de los muros grises las pisadas de los jóvenes, de los hombres y las mujeres libres que habían alzado por fin su voz en San Francisco y La

Habana, en París y Berlín, en Argel, en Angola... allí donde la injusticia del poderoso había generado durante años un viento de libertad que fue brisa al principio y se convirtió en huracán después...

...a un año de tu llegada a este mundo en ebullición tus padres volvieron a juntar sus pertenencias y os trasladasteis a Bilbao, al mismo lugar que Guillermo, tu padre, abandonó para exilarse en Francia. Allí transcurrieron los primeros diez años de tu vida, junto a Josefina y Guillermo y junto a tu hermana Mentxu...

...¿qué ha significado Mentxu en tu vida? A los que no os conocimos nos resulta fácil imaginarnos compartiendo juegos y juguetes, caminando de la mano por El Arenal, despertando juntas a la vida... Sólo os llevabais dos años y seguro que Mentxu ejerció de hermana mayor... ¿fue así? Ella era un poco más alta que tú, de piel más morena, más seria quizá... *Coti* te llamaba, ¿recuerdas? Parece que no pronunciaba bien tu nombre y, en vez de Begoñita, decía *Cotita*...

... y en 1977, vuelta a empezar: de nuevo el hatillo con los muebles y los recuerdos y otra vez un viaje incierto hacia una nueva vida. El destino: Valdizarbe, el valle donde nació tu madre Josefina...

...Valdizarbe... oír su nombre seguro que te lleva a los lugares donde viviste los mejores momentos de tu infancia... Valdizarbe, un valle al sur de la sierra del Perdón, de Erreniega...

... el río Arga, los arcos y ojos del Puente Viejo, los campos de regadío, los viñedos, los olivos, la torre vigía de Olkoz, el paseo de Gares, las uvas de los carasoles, las piedras y silencio de Eunate, la estatua del peregrino... lugares mágicos que te vieron crecer, que fueron testigos de tus primeros sueños, tus primeros amores y desamores, de tus primeras decisiones también...

...y tu casa, a unos trescientos metros de la entrada del pueblo, en el límite del término municipal de Obanos y Gares, junto al hotel El Peregrino... Tu casa Begoña, aislada del resto del pueblo y que se convirtió en tu refugio, en ese castillo inexpugnable...

CINCO

LA MEJOR SALSA ES EL HOMBRE

PRONTO LLEGARÍAN A TEGUCIGALPA y los recuerdos se agolpaban en su corazón.

Esperaba cada encuentro con la impaciencia del quien se enamora por primera vez. Caminaban durante horas cogidos de la mano por las calles de Managua o se sentaban en la fuente de la Plaza de la Libertad. Compartían retazos del pasado en los tugurios de la parte vieja de la ciudad o en las escalerillas de la Universidad Centroamericana.

Begoña recordaba cada palabra y sentía cada beso y todas las *chineadas* que durante esos días Choco le regaló a cambio de promesas que, muy pronto, la guerra y la traición se encargarían de enterrar para siempre.

Mientras tanto, los preparativos siguieron su curso aunque no fueron tan sencillos como Begoña imaginó cuando tomó la decisión de pasar al Frente.

Hasta Managua llegaban correos urgentes desde el cantón La Montañita. En ellos solicitaban material quirúrgico y, sobre todo, personal especializado, sanitarios y médicos que atendieran en los botiquines de campaña a los heridos que, cada vez en mayor número, llegaban del frente.

Begoña se presentó voluntaria y así se lo hizo saber a los enlaces guerrilleros pero los informes no fueron aceptados en la Comandancia de Morazán.

Por su parte, Miguel Pastor siguió insistiendo en los peligros que entrañaba su decisión, pero Begoña había heredado la cabezonería de su abuelo Nicolás y nada ni nadie pudo hacerla desistir de su empeño.

Finalmente, con la ayuda de Choco, consiguió el visto bueno del responsable del enlace de Morazán y el visado de Managua para entrar en El Salvador. No fue tarea fácil porque las autoridades sandinistas se las tenían que ver no sólo con las incursiones armadas que, desde Honduras, patrocinaban los Estados Unidos para tumbar la revolución sino también con las agresiones del resto de países centroamericanos que veían en peligro sus negocios de poder ante el ejemplo de la victoria popular en Nicaragua. En esas circunstancias, tramitar permisos para entrar en un país en plena guerra civil era una misión casi imposible. Es así que Choco y Begoña tuvieron que trenzar una historia creíble para conseguir los visados de salida.

Finalmente se fijó la fecha para el 2 de febrero.

La noche anterior Reinaldo le invitó a cenar en una pulpería de la zona antigua de Managua. Hablaron poco y se miraron mucho, como si intentaran detener el tiempo. Los dos sabían que aquella podía ser su última cena.

—Mirá mi reinita —le dijo el guerrillero a los postres— vos sos una buena doctora pero en el frente la cosa pinta yuca, ¿entendés? Allá están en guerra y los hijopuercas de los cuilios se batan en retirada y por eso son más peligrosos.

—De todo logra sobreponerse una persona, incluso del miedo —le contestó Begoña con voz serena— Tú mismo me dijiste que quien vive temiendo a la muerte, muere mil veces...

Abrió su cartuchera y sacó de una carterita de cuero rojo una foto pequeña, en blanco y negro.

—Guárdala bien y así nunca me podrás olvidar.

En la instantánea aparece Begoña con una sonrisa que apenas es una promesa de sonrisa, con la mirada perdida en algún punto lejano de sus pensamientos.

Semanas antes Begoña envió a sus padres una carta donde les comunicaba que se había apuntado a un curso de preparación guerrillera para estar en el monte. También les hizo llegar una cinta largo tiempo pensada y grabada donde les explicaba las razones que le habían llevado a dar el paso. Su decisión estaba tomada. ¿De médico al frente? Sí, para lo que sea necesario. Donde está la injusticia hay que combatirla y eso significa desprenderse de su propia individualidad para entregarse al colectivo. La cinta se para y sigue porque es necesario seguir diciendo cosas. Es el rico y el pobre. Es el capitalismo y el socialismo.

Por fin llegó el momento de la despedida.

Salieron del restaurante y Reinaldo acompañó a Begoña a su casa. En las mismas escaleras de piedra donde la joven grabó, durante un buen rato, el mensaje para sus padres, se besaron.

—Me tenés que hacer un último favor —le dijo Choco sacando un sobre de uno de los bolsillos de sus pantalones— En el campamento al que vas está una amiga catalana que se llama Carmen. Quiero que le des esta carta.

Begoña cogió el sobre y con el último beso le regaló las lágrimas que había estado ocultando desde el momento en que supo que tendrían que separarse.

—¡Se quedan!

—¡Se quedan!

Cuando el comandante del avión anunció la inminente llegada a Tegucigalpa, Begoña se acordó de la carta que le había entregado Reinaldo la noche de la despedida. De for-

ma instintiva, movida quizá por uno de esos impulsos que atienden más al corazón que a la cabeza, sacó la carta de uno de los bolsillos de su chaqueta, rompió el sobre y la leyó.

Unos minutos de lectura. No más de dos. Poco tiempo. El suficiente para que su mundo saltara en mil pedazos. De pronto dejó de oír y de ver y de sentir. Dejó de respirar y cerró los ojos con la esperanza de que, al abrirlos, la carta hubiera desaparecido. Pero la carta seguía ahí y le quemaba entre las manos. Cogió aire y sacó fuerzas para volver a leer lo que Choco le decía a su compañera, a Carmen, a la mujer con la que tendría que compartir futuras batallas en el frente.

En la carta Reinaldo le pedía que cuidara de Begoña; le decía que era una chica joven y sin experiencia y que sí, que habían mantenido una relación, pero que él la quería sólo a ella y quería construir un futuro para los dos.

El avión aterrizó en la pista central del aeropuerto Begoña recogió su equipaje y bajó las escalerillas con el corazón encogido por el engaño.

Alba

...seguro que al principio te costó un poco adaptarte a tu nueva escuela. Imagino el primer día de clase: a Josefina despidiéndose con un beso en la puerta de la casa, a Josefina siguiéndoos con la mirada mientras os perdíais por la calle del Crucifijo y la larga calle Mayor, o recorríais el paseo y las orillas del río Arga; a Josefina secándose las manos en el delantal mientras llegabais hasta casi los arcos del Puente de Piedra, llegando ya a las escuelas del Centro Comarcal de Gares...

...tú y Mentxu, en vuestro primer día de cole en Gares... la escuela, los compañeros, el patio de recreo... todo era nuevo para vosotras... creo que te matricularon en sexto curso, un año por delante de lo que correspondía a tu edad, o eso, al menos, es lo que afirma tu profesora Ana Mari Orzaiz... ¿te acuerdas de ella?... dice de ti que eras muy inteligente y muy viva... lo mismo que dice tu amiga Arantza, ...¿cómo que qué Arantza?...pues, Bacai-coa de apellido...

...tuviste mucha suerte porque Arantza no fue sólo tu compañera de juegos cuando niña... fue algo más: ella te abrió las puertas de par en par a un mundo que, al principio, te venía demasiado grande... fue tu cómplice, tu amiga del alma y juntas des-

pertasteis a la vida, a los primeros amores... y ahora seguís unidas por ese lazo invisible que se teje con los recuerdos más bellos...

...Arantza te recuerda siempre que escucha tu nombre o alguien le pregunta por ti o mira alguna de las fotos del álbum de vuestra infancia. Le duele hacer memoria porque los recuerdos felices también duelen cuando no pueden ya ser compartidos... le duele recordarte sentada en el pupitre, con tu mirada como ausente y tu piel blanca y tus eternos coloretos en la cara... cuenta que llamabas la atención por tus largas piernas, por tus rasgos suaves pero bien definidos, por tus grandes ojos claros y tus largas pestañas... dice que cuando te enfadabas la expresión de tu cara cambiaba y te convertías en un felino y que era mejor estar lejos cuando sacabas el carácter...

...permíteme ahora un segundo para acompañaros a la cima del Arnotegi, a la ermita de Obanos, un día cualquiera, tras salir de la escuela...

...os imagino allí sentadas, curioseando en el fuerte de Alburuz, contemplando el valle y los tejados lejanos de las casitas de Obanos y Gares... en silencio... Arantza te cuenta una historia de un árbol imponente que ha conocido y, así, te explica que es una «catalpa» y que lo trajeron de las Indias y que aún hoy se pueden ver alineados en las grandes avenidas de París y Lisboa... te quedas mirando ese árbol imaginado en flor que, en su día, añoró Margarite Duras antes de regresar a París de su viaje a Indochina... allí, junto a tu mejor amiga, sentadas en la cima del Arnotegi, ajenas al ruido del pueblo...

SEIS

QUIEN TIENE LA ALTURA TIENE LA VENTAJA

SE ENCAMINÓ A PASO RÁPIDO hacia la terminal de autobuses del aeropuerto internacional de Tegucigalpa.

De pronto lo comprendió todo. El hombre del que se había enamorado no era real, ni tenía los ojos color almendra ni sus palabras eran capaces de detener el tiempo. Reinaldo era un embaucador, un trilero de las palabras, un mago de las caricias que apenas rozan la piel. Los planes de futuro que habían soñado juntos, esas declaraciones de amor eterno bajo el cielo estrellado de Managua, sus besos en el banco junto a la fuente de la plaza de la Libertad... ¿qué habían significado realmente para él? Ahora por fin lo entendía todo. No quedaba ya ningún resquicio, por pequeño que fuera, para la duda o para la esperanza. Reinaldo amaba a Carmen. En realidad siempre la había amado. Incluso cuando en su última noche le juró que ella era la mujer de su vida. ¿Cómo reaccionaría al ver a Carmen y entregarle la carta? ¿Cómo trabajar y compartir trinchera con la persona que ocupaba el corazón del hombre de su vida? ¿Sería capaz de seguir adelante con sus proyectos a pesar de la traición?

Llegó a la Terminal y se sentó a esperar el autobús que le llevaría a la frontera terrestre de Amatillo, en el departamento salvadoreño de La Unión.

La espera duró más de dos horas, un poco más que el viaje que le llevaría por carreteras imposibles hasta la primera parada en su marcha a Santa Ana.

Cuando el conductor del autobús anunció el fin del viaje anocheía en el Amatillo y Begoña ya había tomado una decisión. Ningún hombre conseguiría volver a apartarla de su proyecto de vida. Ahora tenía por delante una misión que iba a necesitar de toda su fuerza y de un compromiso inquebrantable. Le entregaría la carta a Carmen y de esa forma pondría punto final a esa etapa de su vida.

Bajó del autobús y entregó su pasaporte en la oficina de los delegados de inmigración. Un hombre joven, de piel oscura y bigote fino, le retuvo el documento mientras realizaba las averiguaciones oportunas.

—Vos sos Begoña García Arandigoyen —le dijo sin apartar la mirada del pasaporte— Su número de filiación es el cuatro, siete, ocho, ocho, ochenta y seis...

Pronunciaba cada número alargando las últimas sílabas, cuatrooo, sieteee, ochooo... Begoña comenzó a ponerse nerviosa.

—Viene de Nicaragua pero vos sos española, ¿no es así?

—Así es —le contestó aparentando una seguridad que, en realidad, distaba mucho de tener— Tal y como expliqué cuando me hice el visado vengo a visitar a un familiar en San Salvador.

—Está bien... ¿Dónde piensa hospedarse?

—En el Hotel Presidente. Estaré allí un par de días y...

—Ok, ok, —le interrumpió el delegado de inmigración entregándole el pasaporte— que disfrute de la estancia en nuestro país y tenga mucho cuidado que los terengos están en todas partes.

—Descuide, lo tendré... muchas gracias.

Salió de la oficina contenta de haber superado su primer obstáculo y, tras pasar la noche en el hotel, cogió un autobús con destino a San Salvador.

A su llegada, la Terminal de Oriente de la capital salvadoreña le recordó la impresión que le causó Managua meses atrás. También entonces le sorprendieron todos los colores y sonidos de una ciudad en ebullición. Fue el mismo impacto de llegar a un lugar donde todo es posible y donde el pasado cercano y un futuro incierto está escrito a brochazos en las paredes.

Cruzó la puerta central de embarque de la Terminal de Occidente y se adentró en un mercado repleto de puestitos donde se ofrecían a puro grito todo tipo de productos Begoña se quedó como hipnotizada, atrapada en aquel mercado con olor a tortillas y frijoles. Aquí y allá cipotes que eran casi bebés se reunían en grupos y ofrecían sus duches a los visitantes del mercado.

—Hágale nomás doñita y cómpreme estos garrobitos que están bien grandototes.

El bicho guardaba dos lagartijas en una caja de cartón y al verlas Begoña hizo un gesto con la cabeza y siguió andando.

—¡Pinche de vieja!

Salió del mercado y se dirigió al barrio de Zacamil que estaba controlado por el ERP. En el camino, como el trayecto era largo, cogió un taxi y, así, sortearon varios controles militares. Grupos de cuatro y cinco soldados patrullaban la ciudad. La mayoría apenas eran unos niños, cipotes a los que los uniformes les caían demasiado grandes y cuyas miradas reflejaban altanería y miedo a partes iguales.

En noviembre, el FMLN había preparado su tercera gran ofensiva y pensaba llegar hasta las colonias San Benito y Escalón, en el mismo corazón de las zonas residenciales de la capital salvadoreña. El gobierno se mostraba inquieto ya

que las informaciones que les proporcionaban sus servicios de inteligencia alertaban de un gran movimiento de fuerzas guerrilleras en varias cabezas departamentales y en torno a la propia capital. Por tanto, en ese febrero de 1990, San Salvador se encontraba en estado de máxima alerta.

Así es que la ciudad que se encontró Begoña aquella soleada mañana de febrero camino a Santa Ana olía a pólvora y a miedo. Los soldados taconeaban las calles a la espera del momento en el que tendrían que enfrentarse a los guerrilleros que, con sus trajes verde olivo, habían sembrado ya la milpa de la esperanza a lo largo y ancho del país.

Alba no estaba al tanto de los planes militares del FMLN pero sabía que la guerra había entrado en una fase resolutiva y que pronto debería hacer frente a situaciones que aún no alcanzaba a imaginar.

Al llegar al lugar de encuentro en Zacamil una cipotita llamada Ceci la esperaba con su mejor sonrisa.

—Vos sos la doctora de la Quinta Margarita, ¿no? —le preguntó la muchacha mientras le cogía una de las bolsas y le invitaba a seguirla— veníte que los cuilios pueden aparecer en cualquier momento

Begoña siguió a la muchacha en silencio. Ya tendría ocasión de aclarar que su intención era trabajar como una simple sanitaria a la que, en realidad, le quedaba todo por aprender.

El piso de seguridad se encontraba en uno de los barrios más populosos de Zacamil. Eran pisos de cuatro alturas que en su día construyó el gobierno para los funcionarios que trabajaban en la capital. En el barrio vivían más de veinte mil personas y el ERP disponía de varios pisos de seguridad donde esconder, con relativa seguridad, a las personas que después se incorporarían a los frentes.

La espera en el piso se le hizo eterna. Todas las mañanas pasaba Ceci con algo de comida y los periódicos del día. Begoña aprovechaba para preguntarle por la situación en

los frentes pero la compa no era muy dada a la charladera y apenas le daba chance. Tampoco sabía el día exacto en el que tendría que abandonar el departamento y eso le generaba aún más desasosiego.

Una noche una cipota joven a la que apodaban *La Leyenda* se presentó en el departamento y le dijo que preparara sus cosas, que todo estaba listo. Era una noche calurosa y en el cielo pispileaban las estrellas.

El viaje a Santa Ana lo hicieron en silencio. La compa conducía una furgoneta vieja a la que le faltaba el resuello para subir las lomas más empinadas del camino.

Dicen que Santa Ana sólo puede contemplarse por la noche. Es una ciudad llena de vida y de colores, ubicada a veinte kilómetros de un majestuoso volcán y que atesora la esencia del alma guanaca.

La Leyenda aparcó su vieja *pickup* a las puertas de un convento donde Begoña permaneció escondida dieciséis días.

Finalmente la misma compa con la misma furgoneta destartalada se presentó en la residencia la mañana de un miércoles que amenazaba lluvia. Alba estaba impaciente por llegar a su destino y así se lo hizo saber a La Leyenda.

—La fregada viene ahorita —le contestó en el momento en el que llegaban a un cruce de caminos, a las afueras de Santa Ana.

Se bajaron de la furgoneta y la compa le señaló un hombre a caballo que las miraba desde una cañada cercana.

—¿Ves aquel montero? —le dijo— Pues esa nomás es la señal. Seguí ese caminito a la derecha y a unos cincuenta metros te esperan los compañeros.

—¿Y tú no vienes con nosotros?

—Yo me despido aquí que cada cual le juega la mica al enemigo donde le mandan. Te deseo mucha suerte...

—La voy a necesitar.

Se despidieron con un abrazo.

La Leyenda subió a la furgoneta y maniobró para retomar el camino de vuelta a Santa Ana. Antes de partir se asomó a la ventanilla y le gritó:

—¡Vivimos para luchar, luchamos para vencer!

Alba

...fuiste una niña feliz y los recuerdos de tu infancia te acompañaron siempre, también en los momentos más duros... recuerdos como el día en que tu padre os llevó a Arantza y a ti a la nave situada en la parte trasera de vuestra casa. Allí Guillermo criaba conejos pero en aquella ocasión las crías que os enseñó no eran de conejos sino de ratones, ¿recuerdas?, ¿recuerdas el susto que os llevásteis?... o como cuando os prepararon en casa aquellas crêpes francesas... verlos cocinar fue todo un acontecimiento para vosotras: primero vertía Josefina una pequeña cantidad de masa blanca en la sartén y de pronto la masa crecía y crecía...

...¿Y cómo olvidar el campamento del curso del 78? Tenías doce años y vuestro maestro se llamaba Ramón. Estudiabas en las escuelas viejas, al final del paseo de la calle San Pedro, frente al parque. Ese año hubo algún problema con los profesores y os quedásteis sin excursión de fin de curso... ¡Qué decepción! Pero al final parece que fue mejor el remedio que la enfermedad porque llegó a la escuela una maestra joven, con un nuevo método de enseñanza, que organizó junto a otros centros de Valdizarbe un campamento de una semana a Isaba... ¡Una semana!... era la primera vez que ibas a pasar tanto tiempo fuera de casa, sin los padres...

...fueron días luminosos; días de risas ahogadas en la tienda de campaña, de comer a escondidas leche condensada, de observar cómo el granizo cubría con un manto helado el campamento...

...en vuestra tienda estábais cinco niñas del mismo curso y todas las noches os visitaban varios chicos de Iruñea que os contaban historias que os dejaban con la boca abierta. Fue entonces cuando supiste de los trágicos sucesos de los Sanfermines del 78 y de la muerte de Germán... hablábais en voz baja para no despertar a los profesores, al cobijo de las imponentes montañas que dibujan el valle de Belagua, junto a un río de corriente brava y alma de contrabandistas...

...recuerdos y más recuerdos... como cuando os dieron la noticia de la muerte del Papa o como, cuando entre los grupos del campamento, surgieron las primeras disputas... de todos tú eras la más observadora y la que más defendías a los niños pequeños...

... quienes convivieron contigo aquellos siete días mágicos seguro que coinciden en recordarte como una niña inquieta, una niña de doce años que no dudaba en enfrentarse a los profesores o a quien fuera para defender a los otros niños...

...en realidad siempre has sido así Begoña... siempre te has colocado junto al débil, junto al que sufre, como lo hiciste aquel verano del 78 en Isaba, en tu primera experiencia fuera de casa...